

# LA BUENA BRUJA



**Chascon**  
Revista infantil

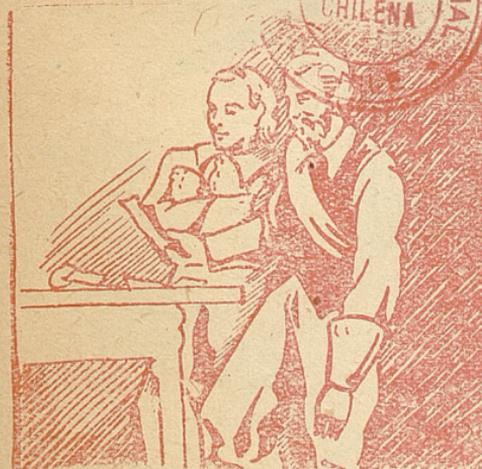
Nº 22  
Año 1





1.— Los padres de Robinson Crusoe eran unos ricos comerciantes que vivían en York. Habían tenido tres hijos. Robinson era el menor y se pasaba el tiempo imaginando viajes y aventuras.

2.— Un día, su padre lo llamó a su cuarto y le dijo que ya era tiempo de que hiciera algo, pues había cumplido 18 años y convenía que aprendiera a crearse una próspera situación.



3.— Le rogó que no pensara más viajes y aventuras y le recordó, llorando, la triste suerte de su hermano mayor, muerto en una batalla contra los españoles. Robinson se sintió muy conmovido.

4.— Pero a los pocos días volvió a pensar en correr aventuras y así se lo comunicó secretamente a su madre, que se enfadó mucho. Sin embargo, Robinson Crusoe no hizo ningún caso. Estaba resuelto a marcharse.

Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



## Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 22

Estaban frente a frente, pues, los bandidos que capitaneaba Puño de Hierro y los soldados que vinieron con Chascón. Los bandoleros, colocados detrás de unas rocas inmensas, comenzaron a hacer fuego. Era muy difícil avanzar en tal situación. Las balas silbaban por todos lados.

Entonces Chascón llamó a tres soldados que le parecieron muy valientes y les dijo:

—Tenemos que llegar hasta los bandidos. Es necesario que arriesguemos una vez más la vida.

Inmediatamente Chascón y los tres soldados se fueron arrastrando por el campo, decididos a trepar hasta la montaña. Pero los bandidos se dieron cuenta de esta

estratagema y dispararon. Una de las balas hirió levemente a Chascón en una pierna. Esto lo puso furioso. Se levantó de un salto y gritó con energía:

—¡Que me sigan los que sean valientes!

Y sin agregar una sola palabra más principió a subir la montaña a todo correr. En cuanto los soldados llegaron arriba, la pelea fué espantosa. Se luchaba cuerpo a cuerpo. Algunos combatientes caían dando un último grito de dolor y de rabia.

Chascón, mientras así se combatía, buscaba afanosamente a Puño de Hierro, para darse el placer de apresarle personalmente. De repente, se topó con él. Fué una escena inolvidable. Apenas el bandido lo vió venir, le apuntó con su carabina; pero Chascón, más rápido, le disparó y le hizo caer cuan largo era.

—¡Al fin te he vencido, condenado! — le gritó Chascón.

Puño de Hierro, herido, no dijo nada. Cerró los ojos, disponiéndose a morir, si así lo deseaba su enemigo.

En tanto, la batalla seguía duramente. Los soldados iban ganando y terminaron, por fin, por dar a los bandidos una absoluta derrota. Chascón, apenas se dió cuenta de que había vencido, hizo traer a su presencia, convenientemente amarrado, a Puño de Hierro, y comenzó a interrogarlo.

Puño de Hierro estaba cabizbajo y se sentía profundamente humillado de su derrota.

Chascón, en cambio, sentíase feliz. Una vez más la suerte le había acompañado.

(En las páginas centrales encontrará el lector la continuación de esta serial entretenidísima)



La

buena

Bruja

Un día Santiaguito volvía a casa desde la escuela, cuando vió una hermosa flor de diente de león.

—¡Qué bonita! — dijo arrancándola. — A ver si me dice qué hora es.

Empezó a soplarla y en el acto salieron disparados los vilanos con las blancas semillas. Aún quedaban muchas en la flor. Dió otro soplo y salieron volando otras cuantas. Y así, sucesivamente, siguió soplando y a cada soplo contaba una hora.

—¡La una! ¡Las dos! ¡Las tres! ¡Las cuatro! ¡Las cinco! ¡Las seis! ¡Las siete! ¡Las ocho! ¡Las nueve! ¡Las diez! ¡Las once! ¡Las doce! Y ¡las trece!

Es decir, que sopló trece veces, para hacer desapare-

cer todas las semillas y entonces quedó el tallo desnudo.

En aquel momento empezaron a suceder cosas. Se oyó el ruido de unas débiles voces y Santiaguito miró a sus pies. Vió que le rodeaban algunos duendecillos que gritaban muy excitados.

—¿Has dicho las trece? Oye, ¿has dicho las trece?

—Sí — contestó Santiaguito muy extrañado. — El reloj del diente de león ha señalado las trece.

—¡Caramba, esta hora no se presenta nunca más que en una luna azul! — exclamó el mayor de los duendecillos. — ¿Qué haremos?

—Pero ¿qué pasa? — preguntó Santiaguito. — ¿Por qué estáis tan trastornados?

—¿No lo sabes? — replicaron los duendecillos. — Pues, mira, a las trece todas las brujas del País de los Magos salen volando en sus escobas y si sorprenden a un elfo, duendecillo, geniecillo o gnomo del País de las Hadas lo cogen o se lo llevan. ¡Dios mío! ¿Qué haremos?

Santiaguito se alarmó mucho.

—Y ¿se llevan también a los niños? — preguntó.

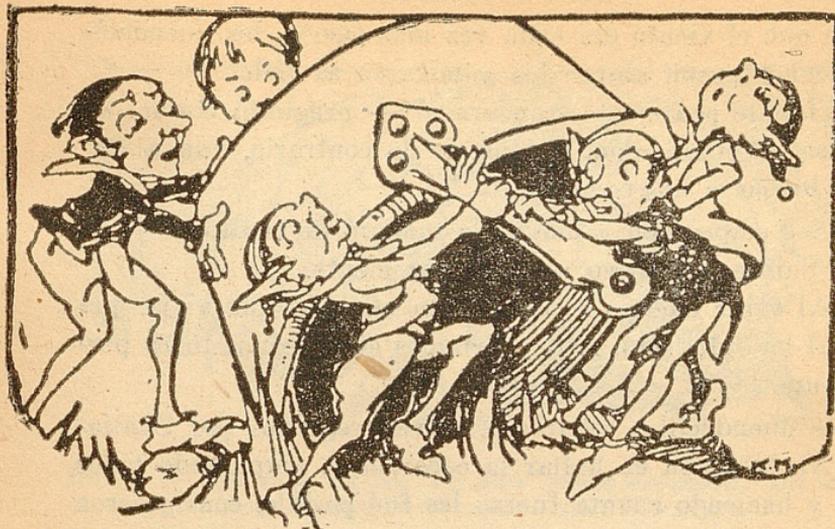
—No lo sabemos, pero bien pudiera ser — contestó el duendecillo de mayor estatura. — Escucha. ¿No oyes ya cómo sopla el viento de las Brujas?

Santiaguito escuchó atentamente. En efecto, notó que soplaban el viento, y que éste era extraño.

—Es el viento que utilizan las brujas para que sostenga las escobas en que vuelan — dijeron los duendecillos. — Mira, niño, vale más que te vayas cuanto antes a tu casa.

Pero Santiaguito no quería dejar solos a los duendecillos. Era evidente que estaban muy asustados, de manera que no quiso abandonarlos en aquel trance.

—Me quedaré con vosotros — les dijo. — Sin embargo,



*Haciendo cuanta fuerza les fué posible, consiguieron poner la cacerola boca abajo.*

me gustaría, si fuese posible, que me hicieseis tan pequeño como vosotros, porque si conservo mi tamaño actual, las brujas me verán y podrán cogerme fácilmente.

—Eso es fácil — dijo el duendecillo que ya hablara antes. — Cierra los ojos, ponte las manos en los oídos y por tres veces di la siguiente palabra: “*Una—tu—qui—halo—pia*”. Entonces serás tan pequeño como nosotros. Y cuando quieras recobrar tu tamaño, dirás la misma palabra, pero al revés.

Santiaguito estaba entusiasmado. Cerró los ojos y, llevándose las manos a las orejas, pronunció tres veces la palabra mágica. Al abrir nuevamente los ojos vió que, en efecto, era tan pequeño como los duendecillos. Estos lo rodeaban hablando, riéndose y bromeando.

—Yo me llamo Gobo — dijo el mayor — y éste es mi amigo Guiño.

Santiaguito dió la mano a Gobo y a Guiño. Luego, en

vista de que el viento era cada vez más fuerte, los duendecillos se congregaron alarmados y miraron al cielo.

—¿Dónde podremos escondernos? — preguntó Guiño. — ¡De prisa! ¡Pensad algo, porque, de lo contrario, van a llegar las brujas y nos cogerán!

Todos empezaron a buscar la manera de ocultarse y, de pronto, Santiaguito tuvo una idea excelente.

—Al venir hacia acá, me fijé en una cacerola vieja, que estaba al lado del seto. Allí podríamos escondernos todos perfectamente.

Los duendecillos echaron a correr, seguidos por Santiaguito. No tardaron en hallar la cacerola y, empujando todos a una, y haciendo cuanta fuerza les fué posible, consiguieron ponerla boca abajo y se metieron dentro, de manera que les ofreció un escondite excelente. Además, en un lado tenía un agujero y por allí podían asomarse para ver qué sucedía.

—Se me ha caído el pañuelo — exclamó de pronto Guiño, señalando a corta distancia, donde se veía, efectivamente, una manchita de color rojo. — No tengo más remedio que ir a buscarlo.

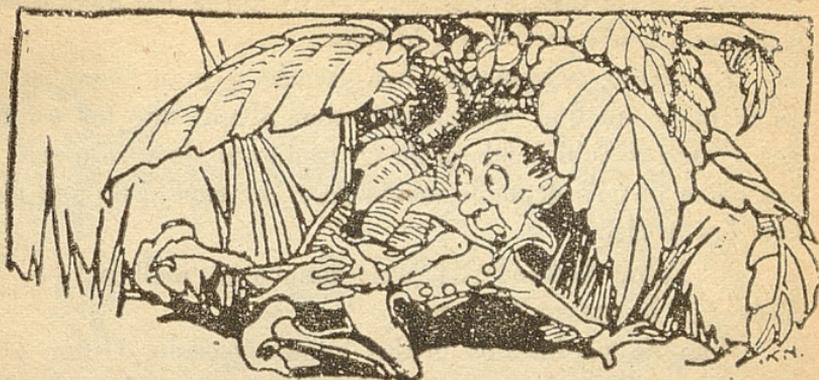
—No vayas — le aconsejó Gobo. — Podrían cogerte. Las brujas no tardarán ya ni un minuto. Escucha cómo sopla el viento.

—Pues no tengo más remedio que recogerlo — replicó Guiño. — De lo contrario, podrían verlo las brujas y quizás alguna bajara para ver qué es. No hay duda de que entonces olfatearía nuestra presencia y acabaría por encontrarnos.

—¡Oh! — exclamaron asustados los demás duendecillos.

—Bueno. Vé y recógelo sin entretenerte — dijo Gobo. — ¡Aprisa!

Guiño abandonó la protección de la cacerola y todos los demás le observaron con la mayor atención. El viento so-



*Guño se guareció al pie de una mata esbiosa, sin moverse hasta que las brujas estuvieron lejos*

plaba cada vez con mayor fuerza y las hierbas altas oscilaban como los troncos de los árboles. Luego en el viento se oyó una voz rara y Santiaguito escuchó para ver qué decía.

—¡Ya llegan las brujas! ¡Ya llegan! — exclamaba aquella voz broncea y parecida a un lejano trueno.

Santiaguito miró por el agujero de la cacerola, para ver qué hacía Guño. Ocultábase por entre la hierba y, por fin, llegó al lugar en que se hallaba su pañuelo rojo. Lo recogió y se lo guardó en el bolsillo.

Entonces ¡oh, Dios mío! Los duendecillos de la cacerola vieron que se aproximaban las brujas. Gritaron a Guño y él levantó los ojos para mirar al cielo. Vió, efectivamente, a tres brujas que llevaban gorros puntiagudos y amplios mantos y que volaban, montadas en unas escobas, a través del tempestuoso cielo.

—¡Aprisa, Guño, aprisa! — gritaron Santiaguito y los duendecillos. ¡Cuánto deseaban todos que las brujas no lo vieran! El se acurrucó al pie de un ranúnculo amarillo, hasta que hubieron pasado y luego echó a correr hacia la cacerola.

—¡Vienen dos brujas más! — gritaron los duendecillos señalando hacia arriba y a lo lejos.

En efecto, se veían dos brujas más, a gran distancia, pero lo malo era que volaban a menor altura que las anteriores. Guiño se cobijó debajo de un espino verde y se quedó allí sin hacer el más pequeño movimiento, en espera de que pasaran las brujas.

—¡Pobre Guiño! ¡Cuántos pinchazos recibirá! — dijo Gobo con la mayor tristeza.

Cuando ya las dos brujas habían pasado, Guiño abandonó el espino y echó a correr hacia la cacerola, en donde se refugió en toda seguridad. Sus compañeros tuvieron una alegría extraordinaria y, rodeándolo, le daban palmaditas en las manos y en la cara.

—¡Gracias a Dios, ya estás con nosotros, Guiño! — le decían.

—¡Mirad ahora a las brujas! — exclamó Santiaguito, que observaba por el agujero. — ¡Caramba! ¡Qué cosa tan extraordinaria! Me alegro mucho de tener ocasión de verlo.

Realmente era algo maravilloso. El cielo estaba lleno de brujas, que volaban, y algunas de ellas llevaban gatos negros sentados en las ramas de la escoba. Aquellos animales llevaban los rabos enroscados sobre la escoba y se agarraban a ellas como monos. Estaban muy graciosos.

—¿Y eso sucede siempre a las trece? — preguntó Santiaguito.

—Siempre—le contestó muy serio Gobo.—Pero las trece solamente son una vez en la luna azul, según ya te dije antes. Este mes la luna debe ser azul. ¿No te has fijado?

—No he reparado en eso — contestó Santiaguito. —Casi siempre estoy ya acostado cuando brilla la luna. ¡Oh, mira! ¡Una de las brujas ha perdido a su gato negro!



*La bruja rodó sobre la tierra con el gato  
entre los brazos*

Los duendecillos asomaron la cabeza por el agujero de la cacerola. No había duda de que uno de los gatos negros acababa de caerse de la escoba al suelo. La culpa fué suya, pues quiso lucir su habilidad, tratando de lavarse la cara mientras estaba sobre la escoba, pero, como se comprende, perdió el equilibrio y se cayó. Al observar lo ocurrido, la bruja emprendió, a su vez, el vuelo hacia tierra, deseosa de coger al gato en el aire. Consiguió agarrarlo antes de que el animalito chocara contra el suelo, pero, en cambio, se le rompió el palo de la escoba y la bruja rodó varias veces sobre la hierba, aunque sosteniendo entre sus brazos el gato y defendiéndolo de todo golpe. Luego se sentó y miró a su alrededor, y al ver que estaba roto el palo de la escoba, empezó a gritar:

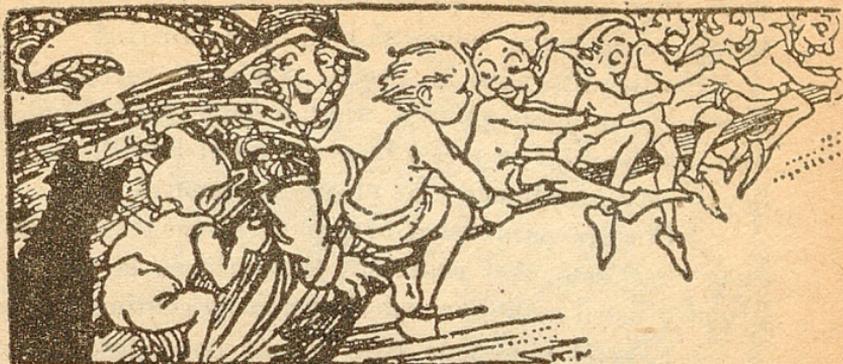
—¡Se ha roto! ¡Se ha roto! ¡Ya no podré volver volando a casa! ¡Desdichada de mí!

Santiaguito se asustó al verla rodar por el suelo, pues creyó que se lastimaría. Era un niño de muy buenos sentimientos y, a partir de aquel momento, no tuvo más idea que la de acercarse a la bruja para preguntarle si se había hecho daño. Con este objeto, empezó a salir de la cacerola, pero los duendecillos quisieron retenerlo.

—¡No vayas! ¡No vayas! — murmuraron en voz baja, porque la bruja estaba muy cerca. — Si te ve, capaz será de convertirme en escarabajo negro.

—¿Por qué? — preguntó Santiaguito. — Solamente quiero ir allá para ver si puedo hacerle algún favor. Además, creo que esta mujer no es mala. Se parece un poco a mi abuelita. Estoy seguro de que no es ninguna bruja mala.

Se libró de las manos de los duendecillos y se encaminó al lugar en que estaba la bruja. Esta se había sentado en la hierba y derramaba abundantes lágrimas. El gato se hallaba en su regazo y aun parecía asustado.



*La bruja pronunció unas palabras mágicas y la escoba empezó a volar*

La bruja se asombró mucho al ver a un niño, quien se detuvo ante ella. Santiaguito observó que llevaba un sombrero alto y puntiagudo y se cubría el cuerpo con un manto muy largo, en el cual se veían bordados en plata muchos soles y numerosas estrellas. El gato, al ver al niño, encorvó el lomo y le dió un bufido.

—Dispense — dijo Santiaguito con la mayor cortesía.— He visto que rodaba usted por el suelo después de habersele roto la escoba y he venido a enterarme de si ha sufrido usted algún daño.

—¡Oh! — exclamó la bruja mostrándole la mano izquierda.—No me he hecho gran cosa. Nada más que un pequeño corte en esta mano. Sin duda al caer tropecé con alguna piedra.

—Si me permite, le vendaré la herida con mi pañuelo— dijo Santiaguino.—Está limpio por completo.

La bruja se quedó más asombrada que nunca. Tendió la mano y Santiaguino se la vendó muy bien.

—Muchas gracias — dijo la bruja. — Eres muy bonda-

doso. Pero mira el palo de mi escoba. Está roto por la mitad, y ya no podré volver al País de las Brujas.

Santiaguito miró la escoba. La parte correspondiente a la retama no había sufrido ningún daño, pero el palo estaba roto. Santiaguito se metió la mano en el bolsillo para ver si llevaba el cortaplumas y en efecto lo encontró.

—Cortaré para usted otro palo, si encuentro una buena rama en el seto. Así podremos encajarlo en la retama de la escoba y usted se hallará en situación de continuar el vuelo.

—Eres el niño más listo y más bondadoso que he conocido en mi vida. Te agradezco mucho lo que haces. Casi todo el mundo teme a las brujas, figurándose que transformamos a las personas en cucarachas o en algo parecido. Pero este temor es injustificado en la actualidad. Las brujas antiguas eran muy malas, pero ahora son personas decentes, que, si bien hacen algún conjuro mágico, no perjudican a nadie.

—Pues me alegro mucho de saberlo — contestó Santiaguito, esperando que los duendecillos también se enterarían desde su escondrijo.

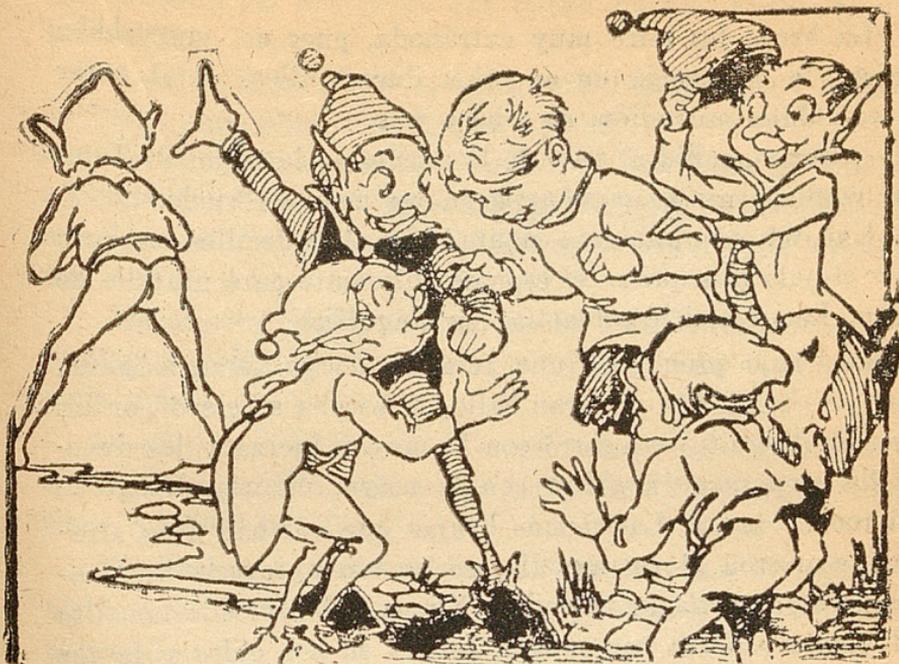
Luego se dirigió al seto y cortó un hermoso palo para la escoba de la bruja. Lo encajó muy bien en la retama y la bruja quedó muy complacida.

Pronunció un conjuro mágico para que la nueva escoba fuese capaz de volar y, volviéndose a Santiaguito, le preguntó:

—¿Quieres dar un pequeño vuelo en mi compañía? Te gustará mucho y, desde luego, te aseguro que no correrás ningún peligro.

—¡Oh, cuánto me gustaría! — exclamó el niño entusiasmado. — Pero ¿está usted segura de que no me llevará al País de las Brujas?

—Ya te he dicho que las brujas de nuestros días no ha-



—Ya van pasando las trece, ¡adiós! ¡adiós!—exclamaron los duendecillos

—¿cen cosas tan malvadas — contestó ella. — ¿Tengo cara de ser muy mala?

—De ninguna manera — dijo Santiaguito.—Bueno, la acompañaré a usted a dar un vuelo, porque esto me gusta mucho. Claro está que llegaré tarde a comer, pero pocas veces se presenta una ocasión como ésta.

Se subió al palo de la escoba, delante de la bruja, quien tomó el gato sobre sus rodillas. Cuando se disponían a emprender el vuelo, la cacerola, que estaba a corta distancia, fué volcada por los duendecillos, que salieron muy excitados, gritando:

—¡Oh, llévenos también a nosotros! ¡Llévenos, por favor!

La bruja les miró muy extrañada, pues no sospechaba siquiera la existencia de aquellos duendecillos, y, al notar que se habían escondido, se echó a reír.

—Bueno, subid al palo de la escoba — les dijo. — También vosotros me acompañaréis en un pequeño vuelo.

Una vez que hubieron montado los duendecillos, no quedó en el palo ni siquiera el espacio suficiente para un tallo de hierba. La diversión prometía ser magnífica.

La bruja pronunció una retahila de palabras mágicas, y, de pronto, dando un gran salto, la escoba se elevó por los aires. Santiaguito se agarró con la mayor fuerza y los duendecillos empezaron a gritar con la mayor alegría. Luego se pusieron a cantar. Las demás brujas que volaban a su alrededor, se rieron al ver aquella escoba tan aprovechada. Santiaguito se divertía lo indecible. Nunca había estado tan alto y el viento soplaba con mucha fuerza en sus oídos y le revolvía el pelo.

—Ahora vamos a aterrizar de nuevo — dijo la bruja.

La escoba se inclinó al suelo y aterrizó con la mayor suavidad, mas, a pesar de todo, los duendecillos cayeron rodando unos sobre otros. Santiaguito se puso en pie de un salto y dió las gracias a la bruja por tan hermoso paseo.

—Ahora debo marcharme — dijo ella. — Está a punto de terminar la hora trece y he de regresar al País de las Brujas. Adiós, bondadoso niño. Otra vez que sean las trece te daré un paseo en la escoba, y si me esperas aquí te llevaré al País de las Brujas para traerte de nuevo a este lugar.

Se marchó en compañía de su gato negro y dejó a Santiaguillo en pie, sobre la hierba, observando su desaparición. Los duendecillos agitaban las manos despidiéndose de la bruja y ella les correspondía.

—¡Qué bonita aventura! — dijeron los duendecillos. —

En adelante las brujas no nos darán ningún miedo. ¡Vivan las brujas!

—¿Qué hora será? — preguntó Santiaguito. — Después de trece, ¿qué hora viene?, ¿las catorce?

—¡Oh, no! — contestó Guiño. — Las trece no señalan, realmente, el tiempo. Llegan siempre después de las doce, pero las sigue la una, como si no hubiese ocurrido nada entre las dos horas.

En alguna iglesia vecina, dió la hora. Santiaguito prestó oído y pudo observar que el reloj daba una campanada y nada más.

—¡La una! ¡La una! — exclamaron los duendecillos, cuyas voces se debilitaban por momentos. Ya han pasado las trece ¡Adiós! ¡Adiós!

Santiaguito los miró. Desvanecíanse como si fueran de niebla y un momento después ya no pudo verlos. Habían desaparecido.

—Convendrá recobrar ahora mi corpulencia habitual — pensó.

Recordaba muy bien las palabras que había pronunciado. Cerró los ojos, se cubrió los oídos y como había de pronunciar al revés las sílabas, reflexionó mucho antes de hacerlo.

—“*Pia-halo-luqui-una*” — dijo.

Al abrir los ojos, observó que había recobrado su estatura acostumbrada. Emprendió el camino hacia su casa, corriendo cuanto pudo, pues temía que su madre estuviese inquieta.

Pero entró en la casa y encontró a su madre ocupada en ponerle la comida. Al parecer, no creía que el niño hubiese llegado con retraso.

(Continúa en la página 18)



1.—Como Puño de Hierro no quiso confesar el rumbo que había tomado Tarzán con su prisionera, Chascón le castigó.



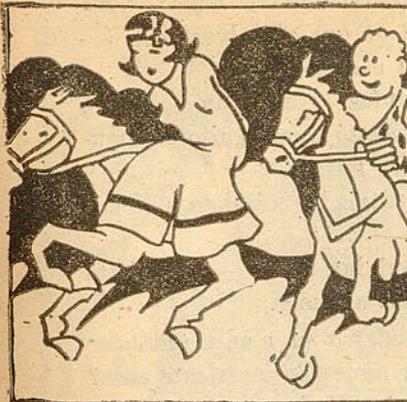
2.—En seguida le dejó amarrado. Un soldado se quedó vigilándole. Y Chascón partió con la tropa en busca de Tarzán.



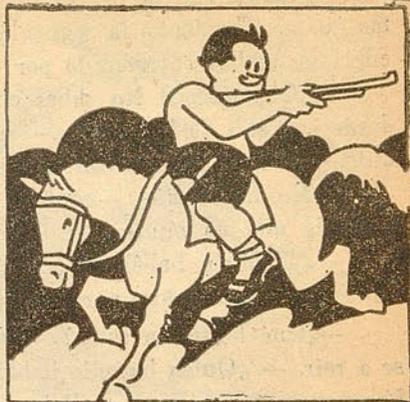
3.—Al anochecer, Chascón divisó, muy lejos, una fogata. —“Ese debe de ser Tarzán” — pensó



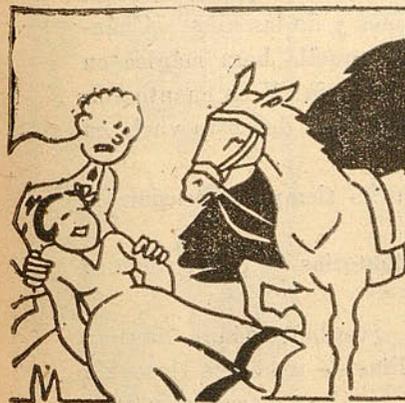
4.—Efectivamente, allí estaba Tarzán. Amarrada a un árbol, la Princesa de los Diamantes lloraba.



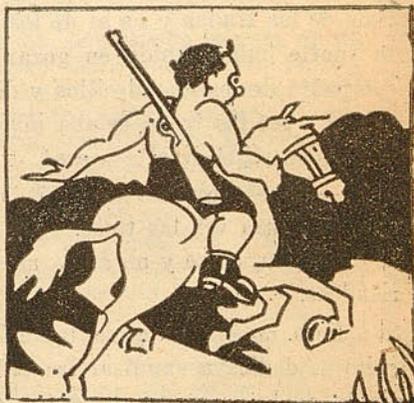
5.—Tarzán escuchó el galopar de los caballos de sus perseguidores, desamarró a la Princesa y escapó...



6.—Chascón, sin detenerse en su carrera, apuntó contra el fugitivo y disparó. El caballo de Tarzán cayó al suelo.



7.—Tarzán, viendo que sus perseguidores ganaban cada vez más terreno, dejó a la Princesa y continuó sólo su huida.



8.—Llegaron los soldados al sitio en que la Princesa había quedado desmayada. Chascón siguió sólo la persecución de Tarzán.

¿Encontrará pronto a su odiado enemigo?...

—Vienes con la mayor oportunidad — le dijo. — Así me gusta. Hoy tengo la seguridad de que al volver de la escuela no te has entretenido por el camino.

—¡Oh, mamá! No sabes cuantas cosas han sucedido, desde que salí de la escuela — contestó Santiaguito sorprendido.—He llegado aquí con el mayor retraso.

—No, hijito mío —contestó su madre mirando al reloj. —Es la una en punto.

—¿También habéis tenido aquí las trece? — preguntó Santiaguito sentándose para empezar a comer.

—¿Qué tonterías dices? — exclamó su madre echándose a reír. — ¿Quién ha oído hablar nunca de semejante cosa? Eso ocurre tan sólo en el País de las Hadas y cuando hay luna azul.

Santiaguito pensó en ello. Quizás fuese cierto. Tal vez fuese posible que aquella hora de las trece perteneciese al País de las Hadas y no al de los niños y de las niñas. ¡Cuánta suerte había tenido en gozar de aquella hora mágica en compañía de los duendecillos y de la bruja! Y en cuanto volvieran a ser las trece, estaba invitado para dar otro vuelo en la escoba. ¡Qué divertido era!

—Espero que no tardará mucho tiempo la ocasión de que sean otra vez las trece.

—Mira, come y no digas más tonterías — dijo su madre riéndose.

Pero no era ninguna tontería, ¿verdad? Ahora Santiaguito se dedica a expulsar las semillas de todas las flores de diente de león que se presentan a su alcance, con objeto de averiguar cuando volverán a ser las trece y si sopláis sobre una de estas flores, es muy probable que sepáis cuando llegue esta hora mágica.



## Fábula de la Serpiente

Había una vez una serpiente que tenía por costumbre meterse en todas partes.

Un día, llegó hasta la casa de un cerrajero. Miró a uno y otro lado y como no vió a nadie, entró tranquilamente. A poco andar, se topó con una lima de acero, instrumento que el cerrajero utilizaba mucho en sus quehaceres profesionales. La serpiente creyó que se trataba de un enemigo y comenzó a morderla con furia loca. Entonces la lima de acero le dijo con voz muy ronca:

—¡Qué tonta eres serpiente! —  
¿Cómo te atreves a pretender hacerme daño? ¿No sabes, acaso, que yo soy capaz de hacer polvo el metal más duro?

Esto nos enseña, lector, a no pretender nunca derribar al que es más fuerte que nosotros, porque siempre saldremos vencidos.

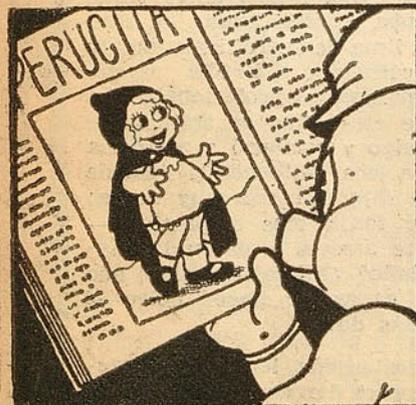
# LOS TRES



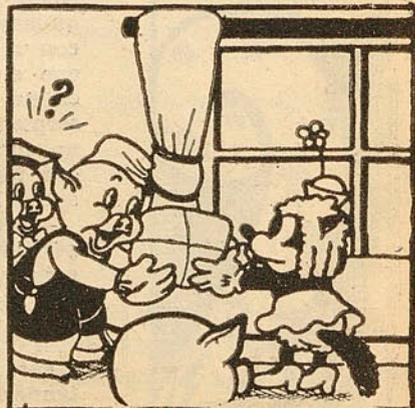
1.—El lobo había dicho a su hijo que se disfrazara de Caperucita Roja, para cazar a los chanchitos.



2.—Diles, que tu abuela quiere que vayan a darles un concierto y los traes para acá—dijo el lobo, saboreándose.

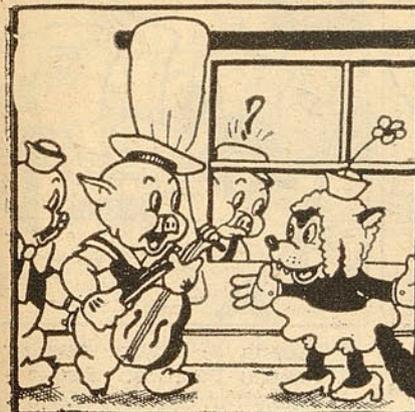


3.—Uno de los chanchitos fué en busca del libro de Caperucita Roja y constató que era eso una mentira.

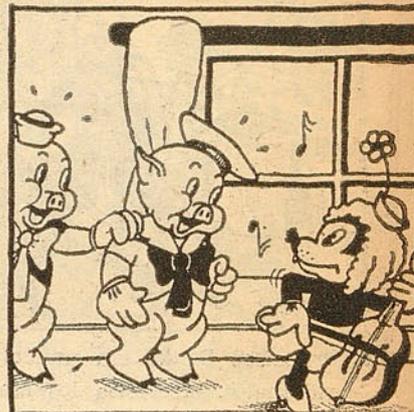


4.—Conociendo al hijo del lobo, le dijo: Ya iremos hijita, mientras llevas estas ropitas a tu abuela.

# CHANCHITOS



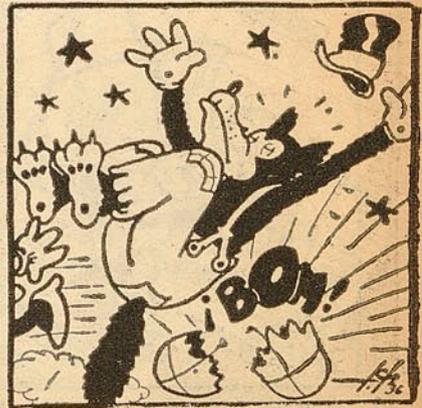
5.—El Lobito fué a la casa de los chanchitos y repitió lo que el lobo le había dicho.



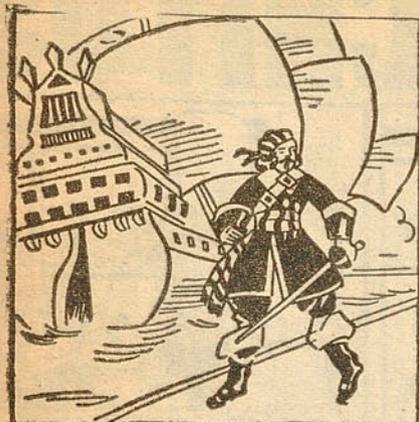
6.—Yo no sé tocar bien — dijo. Si Uds. van, mi abuelita se los agradecerá.



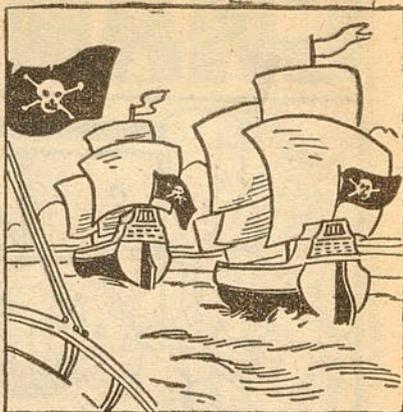
7.—El lobito se fué convencido de que pronto llegarían y entregó el paquete al lobo viejo...



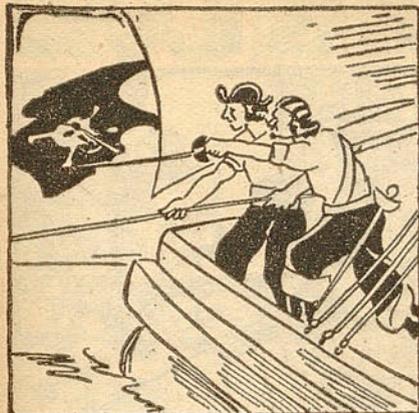
8.—... El que al abrirlo salió volando por los aires, pues, era una bomba que los chanchitos habían puesto para vengarse.



1) Francisco Drake era un corsario inglés. Recorría los mares apoderándose de los buques enemigos y saqueando los puertos.



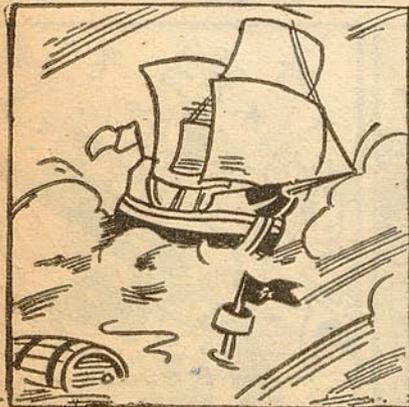
2) España se sentía dueña del Océano Pacífico. Drake juró demostrar que el poderío español no era tan fuerte. Con tres naves cruzó el estrecho de Magallanes.



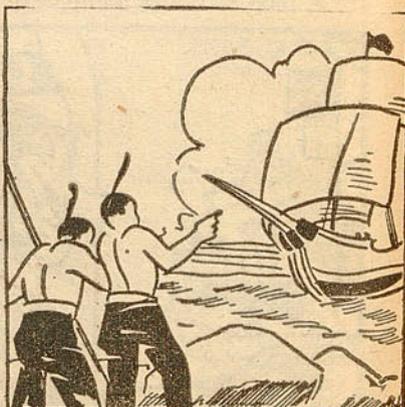
5) En varias caletas se proveyó de viveres. Después siguió viaje al norte y llegó a Valparaíso.



6) En seguida, con sus corsarios, bajó a tierra y saqueó las bodegas del puerto.



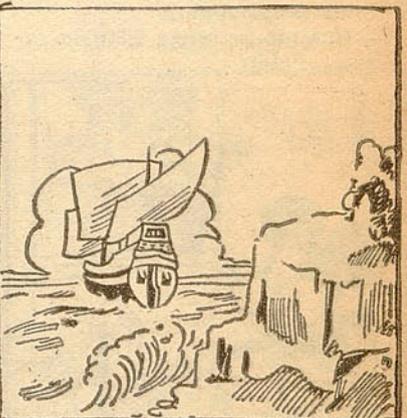
3) Esta travesía era peligrosa. Vino una violenta tempestad y dos de las tres naves se hundieron.



4) Pero Drake continuó su viaje en la nave que logró escapar de las tormentas.



7) Hombres y mujeres huyeron ante el avance de los corsarios, que después volvieron a sus naves y tomaron rumbo hacia el norte.

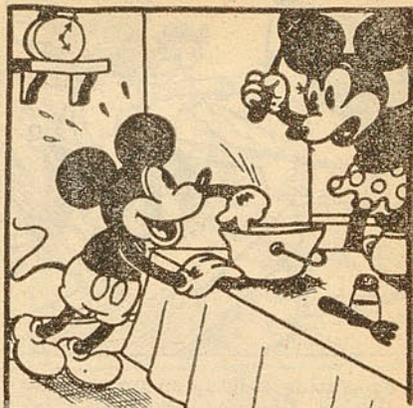


8) Al llegar a La Serena, tuvieron que luchar bravamente con los colonos. Drake fué rechazado y se alejó para siempre de las costas de Chile.

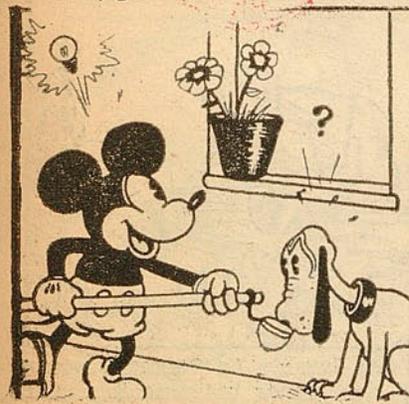
# EL RATON



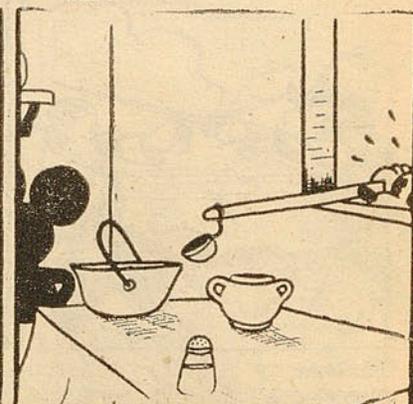
1.—¡Qué rico Minnie! ¿qué postre estás preparando?  
—Cuando lo tenga listo lo sabrás, glotón.



2.—Déjame probarlo, no te haga mala sangre.  
—¡Cochino! ¡Saca la mano de ahí!



3.—Tengo una idea, Pluto, cuando se dé vuelta introduciré esta tasa amarrada al palo y le robaré un poco.

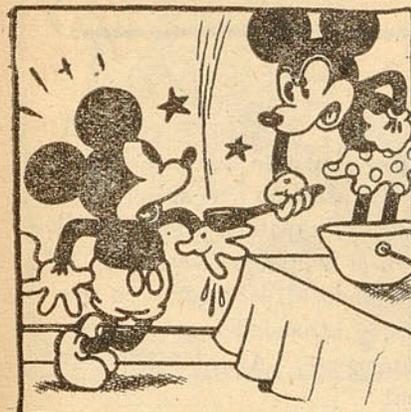


6.—Ahora es el momento, se ha dado vuelta a buscar un ingrediente.

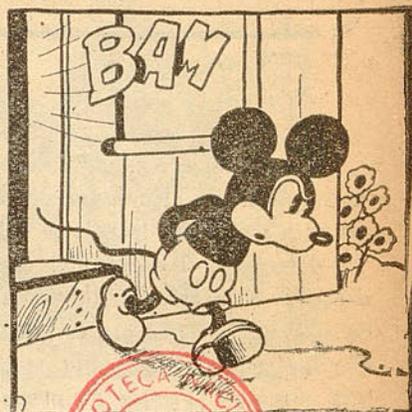
# MICKEY

(M. R.)  
MINNIE PREPARA UN "POSTRE"

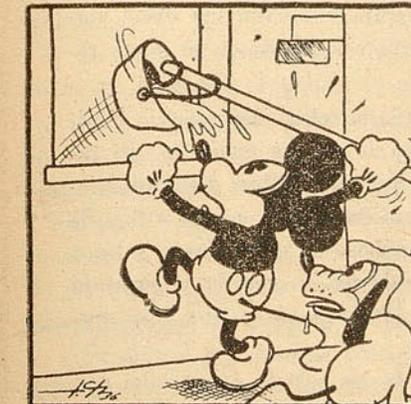
M. R.



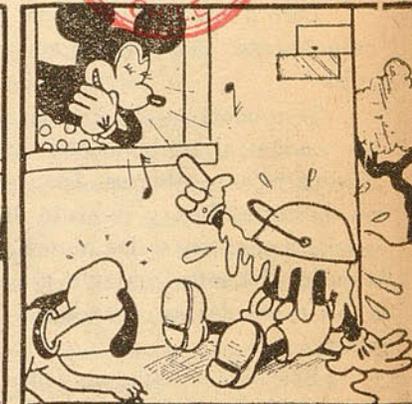
3.—¡Toma! Te lo mereces por intruso. ¡Andate para el jardín y déjame trabajar tranquila!



4.—¡Habráse visto! ¿Cómo voy a darle mi opinión sobre el postre si no me deja probarlo?



7.—¡Maldición! Se me ha engarfiado en el mango de la cacerola.



8.—Ja, ja, ja. Bien merecido lo tienes, ahora sabrás que lo que hacía era afrecho para las gallinas.

# EL NIÑO QUE NO PENSABA

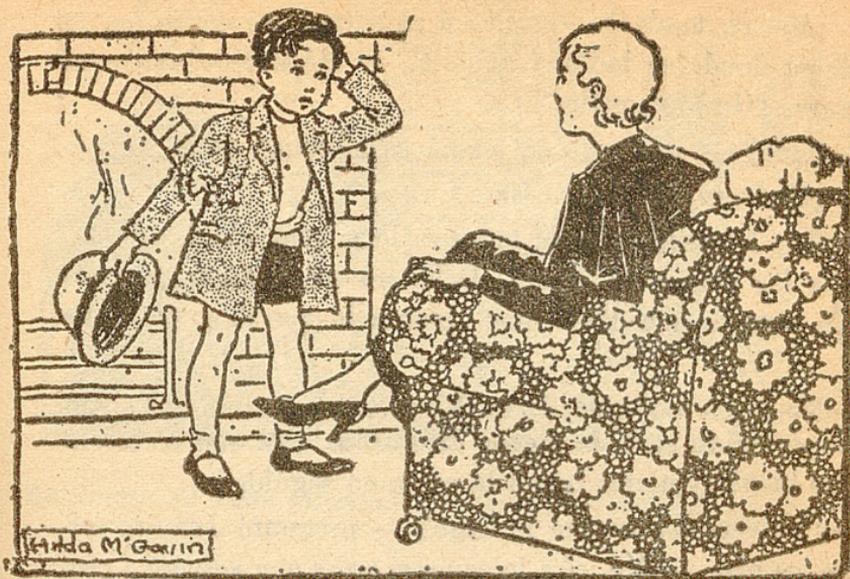
**H**abía una vez, y va de cuento, un niño que hacía cosas extraordinarias. En lugar de espolvorear con azúcar un plato de nata empleaba la sal; se calzaba el zapato izquierdo en el pie derecho y el zapato derecho en el izquierdo; cierto día, al dirigirse a la escuela, llevó arrastrando al pobre gato en pos de sí creído de que era la cartera, y atrocidades por este estilo las estaba cometiendo continuamente. Ahora bien: ¿sabéis por qué? ¡Porque no pensaba!

—Algo malo te ocurrirá un día, Juan — solía decirle su madre. — Ya lo verás. Si no piensas lo que haces acabará por sucederte algo *muy malo*.

Pero Juan no hacía caso. Seguía haciendo las cosas maquinalmente... hasta que en cierta ocasión tuvo un susto terrible.

Terminada la clase de la mañana, el maestro envió a niños y niñas al recibidor con objeto de que se pusieran allí los zapatos y los sombreros. Juan estaba entre ellos, distraído, como de costumbre, y se sentó distraídamente en una silla. Se calzó los zapatos, se los abrochó, púsose el sombrero y salió a la calle. Iba muy contento pensando en la comida y gozando de los rayos del sol, cuando de pronto reparó en una cosa singular.

¡Los pies le bailaban dentro de los zapatos y andaba con cierta dificultad! Juan se los examinó para ver si era que se los había puesto cambiados, mas los llevaba bien puestos. ¿Por qué le estarían, entonces, tan holgados? Cuando se dirigió al



—Mamá: me sucede una cosa muy rara. ¡He menguado!

colegio por la mañana, a primera hora, le estaban diviniamente...

Después el sombrero se le fué hundiendo, cada vez más, hasta los hombros. También le estaba grande.

—¡Ya sé lo que ha sucedido! — se dijo aterrado. — ¡Desde esta mañana me han ido disminuyendo los pies y la cabeza! Bien decía mamá que me sucedería algo muy malo... y así es. Me vuelvo pequeño. Con seguridad que si los tuviera ahora a mano vería cómo hasta los guantes han aumentado de tamaño. Señor, Señor, ¿qué dirá mamá? Tendría que comprarme un sombrero y un par de zapatos nuevos.

Prosiguió su camino, pero había perdido la alegría. Los zapatos se le caían de los pies a cada momento y el sombrero se le calaba hasta las narices privándole del sentido de la vista, con lo cual el pobre Juan llegó a casa todo trastornado.

—¡Madre, madre! — exclamó al entrar, corriendo, en la habitación donde se hallaba aquélla. — Me sucede una cosa muy rara. ¡He menguado!

—¿Qué? — interrogó su mamá en el colmo de la sorpresa. — ¿Qué quieres decir, Juan?

—Que he menguado de estatura lo mismo que se me han achicado los pies y la cabeza. Debe ser un castigo, ¿eh mamá? Tú siempre me dices que piense lo que hago y... ya ves.

—No digas tonterías, Juan. Yo te veo lo mismo que siempre. No descubro en ti la menor diferencia. ¿Es que no te encuentras bien? ¿Quieres irte a la cama en seguida?

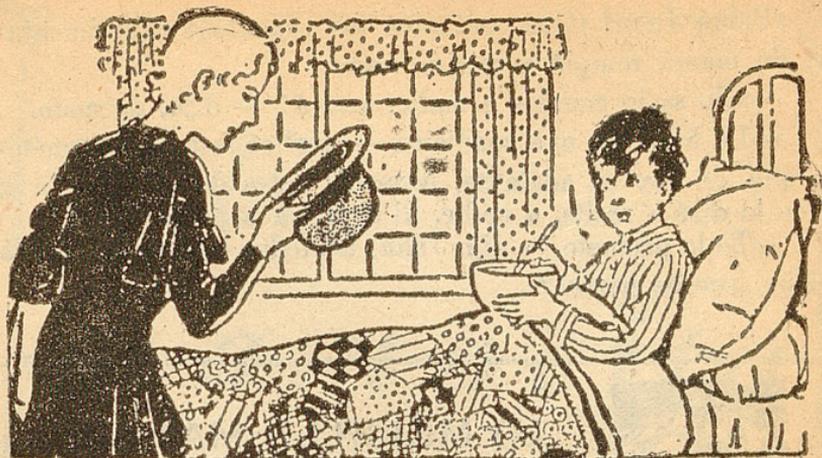
—¿Volveré a crecer si lo hago? — preguntó Juanito mirándose los pies. — Me iré a la cama si crees que volveré a crecer, mamita.

Su mamá comenzó a preocuparse. Pensó seriamente que Juan debía estar muy enfermo. Jamás la había hablado de aquel modo. Le llevó a su cuarto y le ordenó que se desnudara mientras ella iba por una taza de leche y un poco de pan. Si estaba malo, el comer mucho no le sentaría bien.

Juanito se despejó de su ropa y se deslizó entre las sábanas del lecho. Tenía un apetito atroz y le desagradaba la perspectiva de un ayuno. Pero, tuvo que conformarse.

—Tómatela toda — le aconsejó su mamá al volver con la leche ofrecida — y procura descansar. Entretanto te cepillaré la ropa y los zapatos.

Puso en orden las prendas que el niño acababa de quitarse, colgó el abrigo, desenrolló los calcetines, cogió los zapatos con objeto de limpiarlos y el sombrero para llevarle al piso bajo... y de pronto les dirigió una mirada intensa. Volvió el sombrero y miró el forro, luego el interior de los zapatos y... rompió a reír como una loca. ¡Tendríaís que haber oído



*La mamá de Juan examinó el interior del sombrero y rompió a reír*

sus carcajadas;... Juan estaba estupefacto. ¿Por qué se reiría su madre de aquel modo?

—¡Ay, Juan! — exclamó al fin. — ¿Sabes lo que has hecho? Ponerte unos zapatos y un sombrero ajenos, que además son muchos mayores que los tuyos! Ahora no me extraña que creyeras que te disminuirían los pies. Tonto, más que tonto, ¿no veías que no te pertenecían? ¿Que eran de un tamaño mayor? Es más: dentro del forro del sombrero hay el nombre y apellido de su dueño. Mira: "Luis García". ¿No te tengo dicho que examines siempre una prenda antes de ponértela? Pero, como no piensas...

¡Deberíais haber visto la cara que puso Juan al oír aquello! Se tornó rojo, rojo, como una cereza y se le humedecieron los ojos. ¿Qué pensaría de él Luis García? ¿Qué bobo había sido al imaginar que menguaba y no que le venían grandes el sombrero y los zapatos. ¡Y ahora en lugar de la sabrosa comida con que soñaba tenía que contentarse con un trozo de pan y un tazón de leche.

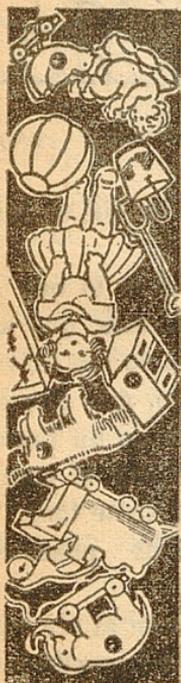
En la cima de una colina había una casa deshabitada,

¡Pobre Juan! ¡Qué confusión tan espantosa experimenta!  
 ba! Su mamá rompió a reír de nuevo.

—¡No se lo cuentes a nadie, mamá! — dijo, apenado.

—Lo haré con una condición — replicó ésta. — Prométe-  
 nte que, de hoy en adelante, *pensarás* antes de hacer nada y  
 no se lo diré a nadie, a nadie, ni siquiera a papá.

—Te lo prometo — dijo Juan. De todos modos, le costará  
 mucho, ¿no os parece?



LO MEJOR, LO MAS NO-  
 VEDOSO Y LO MAS VA-  
 RIADO, EN JUGUETES  
 NACIONALES Y EX-  
 TRANJEROS.

*Los papás encontrarán  
 lo que necesitan,  
 y los niños lo  
 que desean*

**A. JACOB Y CIA**

*Sucesores de Burmeister & Co.*  
**AHUMADA 23. SANTIAGO**  
**PLAZA ANIBAL PINTO - VALPARAISO.**



# *Mi mamacita*



Es mi mamacita  
linda como el sol,  
ríe cuando estudio,  
llora cuando no.

Pone con viveza  
toda su pasión  
en cuidar mis pasos,  
en salvar mi honor.

Tengo aquí en mi pecho  
tierna, hermosa flor,  
para ornar la frente  
de quien ser me dió.



# A LOS NIÑOS

## que participaron en el Concurso de CHASCON

Son incontables los dibujos que hemos recibido de nuestros lectores. Esto nos obliga a un largo y minucioso trabajo de selección, para otorgar los premios prometidos. ESTOS PREMIOS SE EXHIBEN EN LA VIDRIERA DE LA EDITORIAL ERCILLA. — Agustinas 1639.

Ya tenemos a un buen número de concursantes en la lista de los premiados; pero todavía nos quedan por examinar muchos dibujos. Como deseamos que estos premios sean discernidos con toda justicia, únicamente en nuestro próximo número publicaremos la LISTA COMPLETA DE LOS CONCURSANTES QUE HAN LOGRADO TRIUNFAR EN ESTE CERTAMEN DE CHASCON.

No deje de ver, pues, el número próximo de nuestra revista. Acaso su nombre aparezca entre los favorecidos.



5.— Al cabo de un tiempo, Robinson Crusoe fué de paseo a Hull y se encontró con un amigo que se iba a Londres, en un buque de su padre. Robinson fué invitado a partir y aceptó gustoso, sin pensar para nada en su familia.]



6.— Se embarcó, pues, Robinson en el buque del padre de su amigo. Su felicidad era inmensa. Se cumplían, por fin, sus deseos de navegar, de ver tierras nuevas, de conocer a nuevas personas.



7.— Pero, apenas la embarcación salió del puerto, el mar comenzó a agitarse de una manera terrible y un viento espantoso asaltó a la nave. Robinson, intranquillo, se arrepintió de haberse fugado.



8.— Pero el arrepentimiento duró poco. En cuanto pasó la tempestad, Robinson Crusoe volvió a sentirse contento en el buque y, a pesar de estar un poco mareado, durmió perfectamente esa noche.

(En el próximo número, las aventuras de Robinson se complican).

**EL HOMBRE O LA MUJER,  
Jefes de Hogar, tienen a su cuidado**



*que una vez gastados o enfermos, no pueden ser renovados, ni siquiera rebarados.*

*Permítanos indicarle, sin compromiso para Ud., si la iluminación de su hogar es o no adecuada a sus necesidades.*

*Estamos a sus órdenes.*

**CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.**